



robamos a otros países.

El final de los combustibles fósiles no es una previsión agorera, es una realidad que está cambiando todo y lo va a hacer más en la década siguiente. El cambio climático se está acelerando a un ritmo mayor del previsto. Sin embargo ni la sociedad, ni por supuesto los maestros, se plantean una reflexión y una acción radicales que llenen de realismo su vida y su actividad.

Formemos músicos para la orquesta del Titanic.

El golpe contra el iceberg hace años que lo hemos recibido, el barco hace aguas por todas partes, ya han muerto muchos de los que van en tercera clase y, sin embargo, seguimos tocando el violón para entretenimiento del personal. Para engañarnos, porque, sí, parece que pasa algo, pero los de primera clase no hemos notado que el agua nos moje los pies.

Sigamos engañando a nuestros alumnos para que

no se traumatizen y continuemos contándoles que su futuro está lleno de posibilidades de todo tipo. Incluso que se pueden dedicar a la música y la danza, además de a la informática y a la robótica.

La cruda realidad es que habría que estar, hace ya tiempo, preparando a los maestros y maestras para que enseñen a los niños y jóvenes a pensar cómo hacer para enfrentar la nueva situación. Cómo ser colaborativos y no competitivos y como subvertir todos los valores y motivaciones que ahora tienen. Tal vez estas cosas no sirvan ya para mucho, pero al menos hay que intentar que el sufrimiento que llega del sur – en pateras y barcos de refugiados – es el que vamos a ir padeciendo nosotros y habrá que aminorarlo en lo que podamos.

Pueden valer muchas cosas sensatas de las que pensemos, pero lo que es seguro que **ya no vale es seguir formando músicos para la orquesta del Titanic.**

2. POLÍTICA Y CARIDAD, LAS DOS MANOS DEL NOSOTROS

Francesco Gesualdi (Pisa/Italia)
Centro Nuovo Modello di Sviluppo

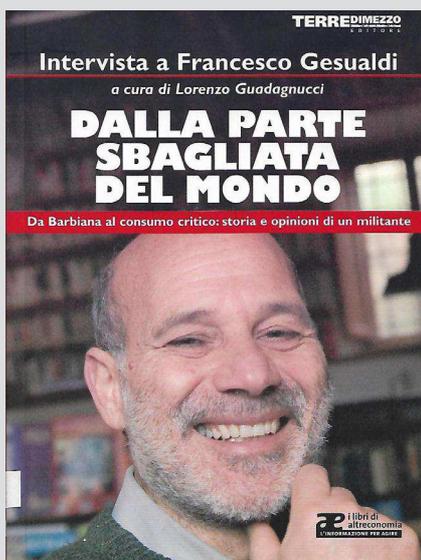
El mundo necesita solidaridad. Por el bien de todos, no sólo de los débiles, porque tarde o temprano hasta los ricos y los más fuertes caen por tierra y necesitan que alguien les eche una mano para ayudarles a ponerse en pie. Es un concepto claro no sólo para personajes como La Pira y Moro, sino también Togliatti, Nenni y el resto de los padres constituyentes que rubricaron la solidaridad entre los valores fundamentales de nuestra comunidad nacional.

Al reconocer que sin solidaridad no existe sociedad, el artículo 2º de la Constitución pide a cada ciudadano “el cumplimiento de los deberes inexcusables de solidaridad política, económica y social”. Un cauce en el que se colocan también las Naciones Unidas al declarar el 20 de diciembre de cada año *Jornada mundial de la solidaridad humana*, dedicada, este año concreto, a los tres mil millones de personas hundidas en la miseria. Una condición que ya no se ciñe sólo a África y Asia, sino que cada vez está más presente también en nuestra Europa e incluso en nuestra Italia, como nos

recuerdan los siete millones de personas en un estado de “grave carencia material”.

El primer deber frente a los hambrientos, los desnudos, los sin techo, es ayudarlos a salir del estado de penuria. No por casualidad, las Naciones Unidas han puesto en marcha un programa de recaudación de fondos para alcanzar en 2030 *diecisiete objetivos de desarrollo sostenible*, de los que el periódico *Avvenire* ha dado cuenta detallada durante este año. Las necesidades se estiman en unos 500.000 millones de dólares al año, mientras que las sumas destinadas por los Países ricos a la cooperación internacional, no pasan de 140.000 millones.

Si se encontraran los 360.000 millones restantes – ¡ojalá reduciendo el gasto en armamento, que en 2016 alcanzó un billón y 690.000 millones! – sería un buen paso adelante. Pero la solidaridad únicamente con dinero no basta, porque no incide sobre los mecanismos que producen la degradación humana. Hoy sabemos que el hambre, la muerte prematura, la miseria, no son



Entrevista a Francesco Gesualdi
DE LA PARTE EQUIVOCADA DEL MUNDO

fruto de la mala suerte ni de un destino cruel, sino de la injusticia, un cáncer que, mientras no se erradique, evapora hasta los mismos efectos de la solidaridad comúnmente entendida.

Hace muchos años, todavía alumno de la escuela de Barbiana, fui enviado a Argelia para conocer de cerca la realidad de un País dejado en ruinas por el colonialismo europeo y me quedé conmovido por la cantidad de pobres que encontraba por la calle. Aquellas manos extendidas me producían angustia e indecisión: sentía que al hacer caridad contribuía a lesionar su dignidad de personas, obligadas para sobrevivir a encomendarse al buen corazón de los transeúntes. Pero, al mismo tiempo, sabía que sin las pocas monedas reunidas, sus vidas aún serían peor. Sin saber qué hacer, planteé el problema a mi escuela y el maestro Lorenzo Milani me contestó:

“Hoy se ha leído tu carta sobre la limosna y hemos hablado de ello todos juntos. Michele y Carlo comenzaron a decir que ellos jamás la dieron ni la darán, porque no es educativo. Su alternativa es crear trabajo, pero requiere tiempo. Conclusión: la limosna es horrible cuando quien la da cree ponerse en paz ante Dios y los hombres. La política es igualmente horrible, cuando quien la hace se cree dispensado de sentir arder dentro de sí las necesidades inmediatas de aquellos a los

que aún no han llegado los efectos de la política. Es evidente que hoy necesitamos maniobrar con una mano las palancas profundas (política, sindicato, escuela) y, con la otra, la palanca pequeña pero inmediata de la limosna”.

Caridad y política: las dos caras de la solidaridad que deben activarse simultáneamente para garantizar dignidad a la humanidad.

También el papa Francisco en la encíclica *Laudato sí* nos recuerda que: “Tenemos que dar más espacio a una sana política, capaz de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de buenas prácticas que permitan superar presiones e inercias viciadas”. Lo que traducido significa ampliar el gasto público para garantizar a todos su derecho a necesidades básicas, como salud, vivienda, enseñanza; una política fiscal más equitativa y progresiva para reducir las desigualdades; una gestión de la deuda pública que no piense sólo en los acreedores, sino que salvaguarde también a los ciudadanos; una lucha seria contra los paraísos fiscales para impedir a las multinacionales saquear a los gobiernos del Norte y del Sur; una política comercial internacional que sepa dosificar proteccionismo y libre mercado, no de manera ideológica, sino en base a las necesidades de los productores más débiles y del equilibrio medioambiental; una tributación internacional de las transacciones financieras que impida el daño de las finanzas.

Pero para cambiar las reglas, tenemos que cambiar la mentalidad. Tenemos que pasar de la cultura del mérito a la del derecho; de la cultura de la compraventa a la de la gratuidad; de la cultura de la propiedad privada a la del bien común. En una palabra, debemos pasar de la cultura del *yo*, tan enfatizada por los pensadores post-renacentistas como Mandeville, Locke, Adam Smith, que la naciente clase mercantilista necesitaba, a la cultura del *nosotros*, de la que es portador el Evangelio. Porque sólo si todos estamos bien podremos estar bien también individualmente. Escribámoslo como idea-guía en nuestro *Smartphone*.

(*Avvenire* 20.12.2017)